LOS PADRES

Deberías acelerar el paso. Algo se mueve en tu corazón. Te sientes solo, como si alguien querido te estuviera diciendo adiós. Te duele la tarde que se apaga. Debiste quedarte en casa. Ahora ya no importa. Nada importa en horas como esta. Algo te empuja a salir corriendo para llegar pronto a donde tu mujer y tu hijo te esperan. Ella ha sido buena. En estas últimas semanas le ha costado levantarse para tener en orden la casa o prepararte la comida. Si ella estuviera en tu lugar, tu tendrías que cargar con el hijo en la panza de día y de noche y soportar a alguien como tú.

Hace dos días tuvo contracciones, más dolorosas de lo normal. El niño ya quiere salir. Te lo dijo, al volver del trabajo. No le hiciste caso. Se trataba de otra excusa por no haberse levantado de la cama. Te dijo que sentía cómo se le estiraba el vientre. Le respondiste que los hijos nacen cuando Dios lo dispone, no cuando los padres quieren que nazcan y menos cuando ellos quieren nacer.

Así se fueron a dormir, sin haber cenado. Te vinieron ganas de gritarle que es una haragana. No piensa que, sin tu trabajo, no habría un plato de comida en la mesa. Ella no valora tu sudor ni tu cansancio. Ahora se le metió la idea de hablar entre ustedes en español, ese idioma que recogió su madre de algún prostíbulo de la ciudad. Las mujeres se van a la ciudad para ser putas, por eso huelen raro. Hizo bien la vieja en morirse. Estuviera haciéndote la vida imposible, hablándote en español y exigiéndote comprar leche en polvo para alimentar a su hija. Ahora, hay que conformarse con lo que se gana. Tortillas, hierbas, frijoles y atol de maíz. Así ha sido siempre y nadie se ha quejado. Así se alimentaron tus padres, tus abuelos y los abuelos de tus abuelos. No tendría por qué se diferente.

Algo te dice que llegarás tarde. Miras al cielo, aparecen las primeras estrellas. ¿Qué tan lejos estarán de ti? Tu padre te habló, cuando eras niño, de parientes que conocían la distancia entre cada una. Todas tienen un nombre diferente. Su abuelo le habló de tiempos remotos, que nadie es capaz de recordar. Te preguntas cuántos han pasado por este

camino y han caminado bajo las estrellas que empiezan a iluminar la noche. En algunos años, caminarás con tu hijo a tu lado, trazarán figuras en los troncos de los árboles. Le hablarás de tus padres y de tus abuelos. Te emociona saber que alguien pronunciará tu nombre y te dirá *papá*.

Estás por llegar a casa. Quisieras saber cuándo nacerá; pero no es bueno presionar a Dios. Dejas que nazca cuando llegue la hora. La comadrona los ha alentado. El mes pasado dijo que deben confiar en Dios y acepar su voluntad. Has pensado en dos nombres para él, los de tus abuelos. Poco recuerdas de ellos. De tus abuelos paternos aprendiste a ajustar el lazo al mecapal, a reconocer los hongos venenosos de los comestibles. De tus abuelos maternos aprendiste a no tener miedo al cruzar el barranco para llevarle el desayuno a tu papá.

Tu mujer dirá que no deben condenar a su hijo con nombres de personas que siempre fueron pobres. Su madre le dejó clavadas esas ideas como si fueran astillas de leña seca en el pensamiento. No podrás convencerla de que el hijo lleve los de tus abuelos. Te pedirá hablarle en español desde que nazca. Esa idea también se la dejó clavada su madre, pero no en la mente sino en el fondo del corazón, por eso es difícil arrancársela. Deben olvidarse del kaqchikel, un idioma sin horizontes, sin futuro, sin otro camino más que la oscuridad y el hambre. Así te lo dijo la madre de ella: «Hay que sacudirse el olor de estas aldeas».

Al llegar —estás a pocos metros de la casa, ahora—, te quedarás sentado a su lado. Permanecerán en silencio hasta que uno de los dos advierta, de pronto, que no está solo. Te hablará de sus contracciones. El niño quiere salir del vientre, pero él no está allí, aún sigue en el Cielo, allá con Dios. Ella dirá que siente cómo le patea el vientre. Imaginarás, como otras veces, a tu padre pateando la puerta de la casa, después de emborracharse en una fiesta. Ella insistirá en hablarle en español cuando nazca. No se dice *ak'wal*[1], se dice *niño*, no sé dice *ik*[2], se dice *luna*. No han hablado de los apellidos. Ya vendrá el momento.

---

[1] niño
[2] luna

Antes de entrar, escuchas voces. Es la comadrona. ¿Qué hace ella aquí? Hay que tener el pago de su trabajo y matar una gallina cuando nazca el niño.

«¿Wakami achike niqab'ij chi re' ri achin? Kamnäq xaläx la awal, nana. Tew tew rupaläj toq xinna' apo. Tatz'eta', man nisilon ta, man niq'ajan ta».[3]

—Yalan xq'axo' chuxe' nupam wuqub'ixïr.

—¿Achike ruma man xaya' ta rutzijol chwe?

—Xintzijoj chi re' ri wachijïl. Xa xpe rayawal wik'in.

—Xab'ij ta chwe rin, k'a.

—Wakami xk'achoj yan.

—Tiya' pa ruq'a ri Ajaw. Rija' retaman achike ruma man xaläx ta iwalk'wal.

—Rija' rukanon chik ruq'a' che' richin ruch'at.

—Man tiya' ta ruq'ij ri oyowal pan ik'aslem. K'o wi chi nichajij iwi'.

—Toq xa utz xub'än xkäm el.

—Tiya' pa ruq'a' ri Ajaw.

—Ja', nana, matyox.[4]

¿Entrarás? Esto puede ser un mal sueño. Pronto despertarás y le contarás a ella. Intentas despertar. Te quedas en la entrada para no ver a la comadrona, para no ver a tu mujer y para no encontrar muerto a tu hijo. ¿Cómo cambiar los hechos? Debiste quedarte a la par de ella. Un día de trabajo se recupera, una semana de trabajo se recupera. Tu hijo ha nacido muerto. Ya es de noche. No lo habías notado. La luz del candil se escapa bajo la

---

[3] «¿Ahora qué le diremos al hombre? Nació muerto tu hijo, señora. Tenía fría la cara cuando lo toqué. Mira, no se mueve, no suena».

[4] —Me dolió mucho el vientre la semana pasada.
—¿Por qué no me lo contaste?
—Le conté a mi esposo y se enojó conmigo.
—Me hubieras dicho a mí, pues.
—Ahora ya estuvo.
—Déjenlo en manos de Dios. Él sabe por qué no nació su hijo.
—Él ya buscó troncos para hacer su cama.
—Que no haya pleito en su vida. Deben cuidarse.
—Tal vez hizo bien en morir.
—Déjenlo en manos de Dios.
—Sí, señora, gracias.

puerta y alarga tu sombra hacia tus huellas que han quedado en el polvo del camino. No entras, te quedas meditabundo. Te avergüenzas de ti y de tus enojos con ella por sus contracciones. ¿Qué debiste hacer en estos días? Sientes que tu corazón se acelera. Empiezan a dolerte el pecho y la garganta. Quieres llorar; pero no encuentras el rostro de tu hijo, te han negado su voz, su llanto y su risa. No contemplarás las estrellas con él, ni marcarán los troncos de los árboles. Los nombres de tus abuelos no se prolongarán en él. Ahora no importa que hubiera llevado nombres de pobres. No te habría importado hablarle en español, en ese idioma de putas. Se pierde en la noche entre la lejanía de las estrellas. Un día de estos llorarás de camino al trabajo. Tu mujer se acariciará el vientre vacío, se preguntará por la vida que habría tenido su hijo, de no haber nacido muerto, con el rostro helado. Entras y ella te señala al hijo que no tuvieron:

—*Xkäm.*[5]

[5] Murió.